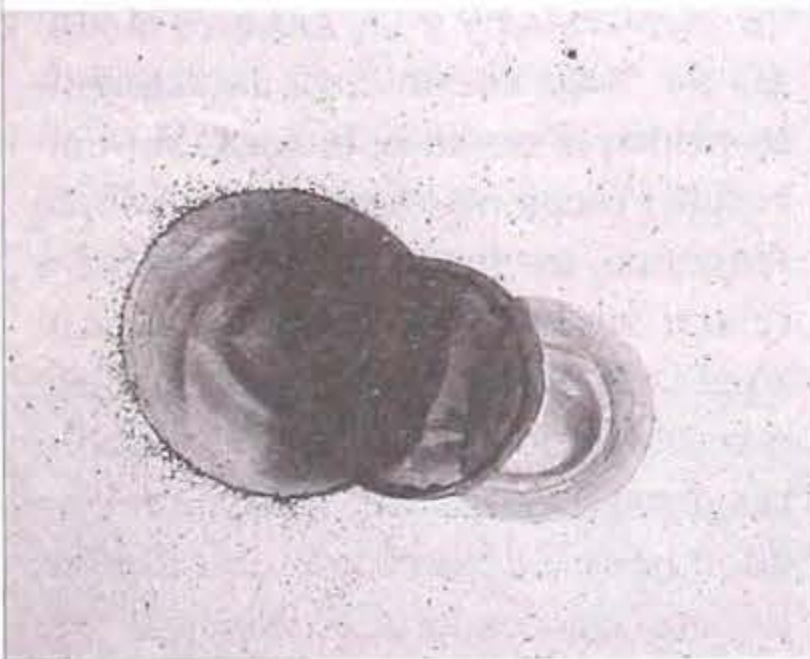


adicta a la heroína, pero sin duda su más probable afecto, nuestro protagonista muere continuamente en el pasillo que va hacia la cocina de su pequeño y desastrado apartamento de la calle Cottoners. Luego parece que resucitara para ir de nuevo a las cantinas más sórdidas, mientras espera y habla —una forma más de su delirio— de una jugosa herencia que por supuesto nunca recibe y nunca llega. Una madre fantasmal lo protege y lo vigila tocada de una aureola de locura que parecería ser el anticipo de su propia catástrofe, de su propia indefensión en un ir y venir con una enfermedad a cuestas. Más que escribir una obra, Manuel de Narváez hace de su vida, de su derrota como escritor y como hombre, un símbolo de la existencia humana, y es allí donde radica su valor como protagonista en este relato escrito en capítulos cortos, de media cuartilla, de dos o tres páginas a lo sumo, de fragmentos de un diario en el que nos expresa su “desazón suprema”, que dijera el poeta, pero sin grandilocuencia.



Dice el escritor Óscar Collazos comentando este libro de Tamayo:

He leído sin sosiego y sólo con una interrupción nocturna *El inquilino* y he vivido en profundidad lo que apenas conocía en la superficie: la tragedia como elección, la derrota como opción de vida. Ni siquiera habría que nombrar la Barcelona *culture* del relato: aquí es una fundación imaginaria. Y ese personaje agónico, no había forma de constituir una novela sino fragmentos. Si estuviera vivo, el personaje que la inspira habría celebrado la lectura de este texto onettiano, camusiano, lowryano, lo más profundo que he leído en mucho tiempo sobre el exilio como autodestrucción.

Ahora es menester decir que el logro de este libro es, por supuesto, la forma en que está escrito. Hay una gran economía del lenguaje acompañada de una gran eficiencia al mismo tiempo. Es un “retrato hablado”, como llama el autor a varios de los capítulos que componen la narración, hecho con pocos trazos, con pocas pero certeras pinceladas que recuerdan la vieja parábola del emperador chino quien pidió a un pintor de la corte que le pintara un caballo, a lo cual el pintor pidió que le otorgara un tiempo. Pasados los años el emperador requirió al artista de nuevo y le reclamó por su encargo y el pintor tenzó entonces el lienzo y, en unas pocas líneas realizó en presencia del emperador, y en unos pocos minutos, la obra solicitada tiempo atrás por su monarca. Este le reclamó airado porque había demorado tal cantidad de años para realizar su encargo, a lo que el artista respondió: “necesité de todo ese tiempo para poder hacerlo en tan pocos minutos”. Sí, hay una eficiencia del lenguaje, una depuración que solo se logra puliendo mil veces cada párrafo. Es importante celebrar este hermoso retrato a deshora, cuando toda la narrativa colombiana se ha volcado sobre las mil formas de nuestra barbarie hasta hacernos llegar a un hartazgo similar a lo que pretendemos rechazar.

Fernando Herrera Gómez

Novelerías

Santa suerte

JORGE FRANCO RAMOS

Editorial Planeta, Bogotá, 2010, 320 págs.

LA QUINTA novela de Franco cuenta la historia de tres hermanas de clase obrera, bajo la tutela distante de una madre sufrida y abnegada y enferma del corazón. Tres raras muchachas de la provincia antioqueña que crecen silvestres, primero en Entrerriós, pueblo del que sale la mamá con la hija del medio, y luego en Medellín, donde la madre se coloca como obrera en una fábrica de telas; con lo que gana apenas consigue ir tirando. La novela no informa cuánto tiempo tarda la fa-

milia en reunirse, pero no es mucho. Amanda es la hermana mayor, después Jennifer, tres años mayor que Leticia, la menor. La novela presenta a la familia más o menos en un lapso de treinta años, desde poco antes del arribo a Medellín hasta el incendio de la casa. Las hermanas no están locas ni son desequilibradas, pero si tienen sus particularidades: Amanda es la más normal, aunque el hecho más importante de su vida le ocurre después de los cincuenta años, siendo una solterona feliz y trabajando en un juzgado es enamorada por un joven veinte años menor con quien tiene ocho citas en tres meses para luego ser abandonada; Jennifer, amiga del dinero fácil, encuentra en la autoagresión y los golpes una forma de ganarse la vida; Leticia, es a un tiempo solitaria y trepadora.

Los hechos están bien dispuestos a lo largo de la novela; capítulos cortos que se intercalan, dejando los hechos en punta, para continuarse más adelante. Sabe Franco donde hacer la pausa y dejar de contar, hay un correcto manejo de la tensión; a menudo el lector se pregunta ¿qué va a pasar?, un recurso argumental que remite al folletín decimonónico y a su heredera actual, la telenovela.

La novela se divide en 72 fragmentos: veintidós centrados en Jennifer —“La que inventa dolores”—, trece en Amanda —“La que espera una llamada”—, diecisiete en Leticia —“La que cometió una locura”—; los otros veinte se reparten así: seis con el título: “El incendio”; tres, “El misterioso” y con uno cada uno: “El circo”, “El talkshow”, “El escritor”, “El obrero”, “El esotérico”, “El párroco”, “La otra”, “La senadora”, “El avispero”, “La bomba” y “La pirámide”.

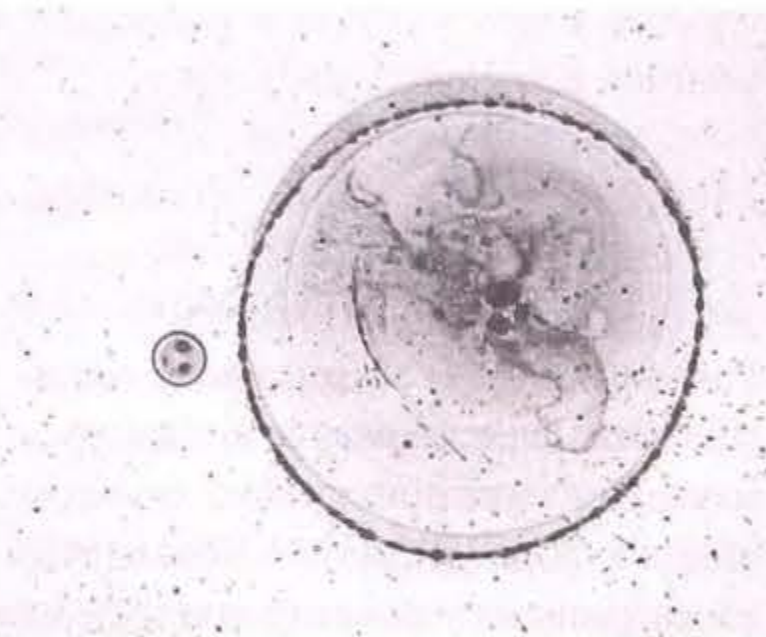
Lo narrado recae en mayor proporción en el personaje de Jennifer, trabajadora independiente que descubre su vocación por casualidad a los diecinueve años viviendo en Medellín cuando ya se ha reunido la familia; según el título de los capítulos que protagoniza “inventa dolores”, aunque para ser más exactos habría que decir que se los causa; además de los veintidós fragmentos, los tres de “El misterioso” y casi todos aquellos que van de a uno tienen que ver con ella y/o con sus hijos, los gemelos, y con el

don particular de estos consistente en decir, sin ponerse de acuerdo y en simultánea, números con los cuales jugar la lotería; el don no funciona entre la familia por lo que la madre vende los datos; hay que decir que aciertan poco.

Franco utiliza mejor sus recursos narrativos en los fragmentos correspondientes a Amanda y Leticia. Los de Amanda no están exentos de gracia, son trece cartas que nunca se entregan, dirigidas al amor de su vida, el de las ocho citas, el primero y el último, que pasan del anhelo al despecho, del desamor al odio, del olvido al recuerdo; los encabezados y despedidas dan el tono del estado ciclotímico de la correspondencia: "esperándolo con rabia" (pág. 22), "malditamente suya" (pág. 41), "querido infame" (pág. 59), "querido odiado" (pág. 89), "mi querido vicio" (pág. 133). Sin embargo, pese al atractivo de unas cartas escritas en tono hablado, la autoironía contenida en ellas opuesta a la auto-compasión del personaje las convierte en parodias involuntarias. Amanda es una mujer depresiva, a la que tras la ruptura se le va el mundo al suelo; la experiencia que ha tenido, en vez de aceptarla como la burla de un donjuán barriobajero que seduce a una mujer ingenua, es vivida como afrentosa humillación y nunca es superada. El tono de las cartas no es congruente con el estado de la protagonista del desamor, que renuncia a salir a la calle y se esclaviza esperando una llamada sin saber cómo arrancarse del alma esa pena de amor. En fin, textos atractivos como tales, pero misivas artificiales no consecuentes con quien las emite.

Los diecisiete capítulos de Leticia, uno por minuto, están narrados desde el lecho de muerte, en el lapso comprendido entre la ingesta de una sobredosis mortal y el momento en que muere; en ocasiones reflexiona filosóficamente en primera persona en torno a la muerte, en otras pasa a la reconstrucción de la historia de su vida; cuando se pierde, una segunda persona, que es ella misma, pasa a reconvenir a la narradora, exigiéndose continuar con lo que estaba narrando. De las tres hermanas, Leticia es la más extraña; introspectiva a la vez que ambiciosa deja no obstante que

las cosas le pasen y no piensa mucho en ellas ni antes ni después. Josué, el Turri, don Ricardo, Daniel, Hollmann, Manuel J. y don Nadie, que son los hombres que acumula en su vida, pasan por ella uno tras otro como le van pasando los años.



Lo que hay de técnica narrativa en la novela está en los capítulos de Amanda y Leticia; pese a que en *Santa suerte* quizá hay menos que en *Melodrama*, en donde Franco cambiaba en sus párrafos con facilidad de personajes y de tiempos sin mostrar las costuras.

Entre las hermanas hablan poco, el lector se entera por separado de la historia de cada una, a menudo se refieren eventos de la vida de las otras, a pesar de ello, parece no haber vínculo de intimidad entre ellas, no se cuentan sus cosas ni comparten más allá del apellido. No parecen hermanas. Da la impresión que hubieran sido hermanadas a la fuerza juntando tres historias independientes protagonizadas por mujeres, inventando un incendio en común, que además de enmarcar de manera cronológica la historia, no tiene ningún otro valor argumental.

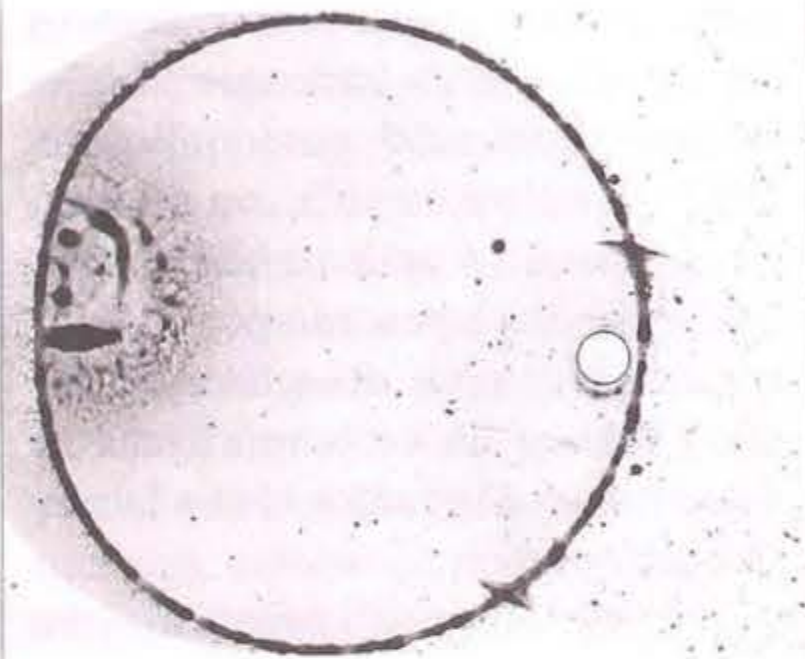
Con tres mujeres de protagonistas, Franco desaprovechó la oportunidad de ahondar en la psique de sus personajes. Se ignoran las motivaciones de Jennifer, su gusto por la violencia, su necesario componente de excitación sexual, la necesidad de causar compasión y/o tener atención, un comportamiento que empieza "profesionalmente" a los diecinueve años, pero que debe tener raíces en la infancia; el autor desestima las causas y en la novela están las consecuencias. Un hecho tan simple, por ejemplo, como que tras los primeros golpes la parte afectada se duerme y ese sueño

amortigua el dolor de los siguientes es soslayado por Franco. Leticia es una mujer trepadora, asciende línea lecho, y lentamente y con algo de trabajo, lo consigue; sabe para dónde va, pero no lo que quiere, además de subir, y desconoce que —sobre todo para arriba—, hay obstáculos; esa sería la única explicación de su suicidio y del error que cometió.

Construidos a medias, los personajes en obra negra son un activo de Franco. Hay elementos de estos que no varían de una a otra novela, la ambición, por ejemplo, y el afán de trepar son comunes a Reina (*Paraíso Travel*), Vidal (*Melodrama*) o Leticia (*Santa suerte*); son comunes también las relaciones familiares malsanas: la familia de mujeres y los vínculos afectivos que ellas establecen entre sí y con otros (*Santa suerte*), la familia de Perla y Vidal o de Milord y su esposa (*Melodrama*), los padres de Reina (*Paraíso Travel*); otras características han ido variando, de personajes explícitamente bellos y jóvenes: Rosario, Emilio, Antonio, Reina, Marlon o Vidal, al mismo Vidal enfermo al final de *Melodrama* y a las mujeres maduras de *Santa suerte* cuya característica principal no es la belleza. Sin embargo, Franco no ahonda en la psique femenina, los personajes se limitan a relatar sus actos, pero nunca se cruza el velo de lo íntimo, personajes de novelas de los cuales no se conocen sus pensamientos. En *Santa suerte*, no ahonda en la psicología de Jennifer, lo hace algo en la de Leticia, ya que narra desde el momento previo a su muerte, y de Amanda termina haciendo una versión caricaturesca de una mujer rechazada que sufre por amor.

Las mujeres de Franco no alcanzan a ser los personajes que pretenden. Mujeres cargadas de tics y rituales extravagantes: Rosario Tijeras, una asesina caprichosa e irresistible; Reina, una niña voluntariosa y valiente, a la vez que ladrona y dependiente; Perla es, a la vez, una madre devota e irresponsable y la asesina de su marido; si antes, los personajes femeninos de Franco solían ser títeres de lo masculino, mujeres mediadas por los ojos de un varón (Rosario por los de Antonio, Reina por los de Marlon, Perla por los de Vidal), ahora en el otro extremo, las hermanas de *Santa*

suerte solo se cuentan a sí mismas, faltan los matices de una mirada ajena, de otra perspectiva. Concentrarse tanto en el conocimiento que tienen de ellas mismas, quedarse con su sola versión, le impide al lector conocerlas en su justa dimensión, y al autor darles un verdadero acabado como personajes; los de Franco son complejos pero incompletos, escasamente contruidos desde fuera de ellos, y a falta de una mejor caracterización, de definirlos mejor, resultaban inverosímiles. Las protagonistas de *Santa suerte* son mujeres atípicas: una madre discreta, respetuosa de la intimidad de sus hijas, no entrometida, que a veces pareciera desinteresarse de ellas; y las hijas, la mayor, una cincuentona virgen; la del medio, visitante asidua en la cárcel del asesino de su primogénito, a quien después perdona, lo convierte en su pareja y en padre de sus hijos; y la menor, una trepadora que no calcula ni mide con precisión el ascenso, y que después se suicida y mata a su hijo. Quizá el gusto de Franco por los personajes femeninos pasa más por lo comercial que por lo literario; no hay que olvidar que en general, son más las lectoras que los lectores, o mejor dicho, más las compradoras de libros que los compradores.



Los hechos narrados en *Santa suerte* ocurren en un lapso aproximado de treinta años, siguiendo la confesión de Jennifer a un obrero, según la cual lleva veintiocho años trabajando en lo mismo. Esos treinta años están enmarcados por dos hechos: 1. La partida de la madre y de Jennifer de Entreríos siendo esta menor de edad, quedándose Amanda y Leticia, para, más adelante, uno o dos años después, encontrarse de nuevo todas en Medellín; y 2. El día del incendio, que es el

presente desde el cual se narra. La historia de las tres hermanas se enmarca en este periodo de formas diferentes: los hechos relacionados con Jennifer se ubican al comienzo de esos treinta años –trabajo, primeras relaciones e hijo mayor–, y en un pasado más reciente cuando quiere explotar el don de los gemelos; los de Amanda, en cambio –esplendor y ocaso del primer y único amor–, tienen más que ver con un pasado reciente, digamos unos dos años antes del incendio; la historia que cuenta Leticia desde su agonía, empieza hace treinta años y el avance se hace conforme cambia de pareja hasta que queda embarazada, es cuando su hijo tiene seis años que comete el error.

En *Santa suerte* sucede como en esos filmes de época en los que un figurante olvidó quitarse el reloj. En el fragmento 24 (pág. 119) se dice que Jennifer lleva veintiocho años inventando dolores, lo cual significa que si empezó a los diecinueve, tiene 47 años en el presente de la novela; si ese presente es el 2010 habría nacido en 1963, entonces, pese a que no es improbable si resulta extraño que: 1. En 1982, a sus diecinueve años, en un consultorio médico de una fábrica textil haya visto un portátil en el escritorio del médico (pág. 56); 2. En 1983, a los veinte, usara el control remoto del televisor de su mamá que era obrera (pág. 126); 3. Por esa misma época se haya hecho o haya podido hacerse una ecografía para saber el sexo de su bebé (pág. 127); 4. Cuando Juan muere, siendo aún un bebé de brazos, por tarde en 1984, entre la gente que llega a la escena del crimen, lo haga una mujer que trabaja como estatua callejera (pág. 173); y 5. Luego, con el duelo fresco, cuando empieza a visitar a Álvaro en la cárcel, por tarde en 1985, haga un trámite en el Inpec (pág. 201), una institución que fue creada en 1992. Frente a estos anacronismos, resulta paradójico en cambio, que Amanda, la que se quedó, hace relativamente poco, esperando una llamada, aguarde que la llamen a un teléfono fijo y no a un celular (pág. 79). Aunque menudos, estos detalles evidencian torpeza y ligereza.

El lugar de Franco en nuestra tradición dista del de sus paisanos. No

tiene nada de ellos: ni la escritura, ni la originalidad, ni el estilo de Fernando Vallejo, Darío Jaramillo, Tomás González, Carrasquilla o Mejía Vallejo. Su lugar está más cerca de Dago que de Gabo, de las teleseries y las adaptaciones. Como Álvarez Gardeazábal y Sánchez Juliao, Franco Ramos ha sido adaptado a múltiples formatos.

Santa suerte es una novela de temporada y Jorge Franco una marca. Un libro que no es para leer ni mucho menos comentar, sino para que se hable del autor. La sumatoria del trabajo planetario: un *best seller* de grandes superficies y medios, difusión en las páginas del periódico de la (casa) editorial y en notículas en el telenoticiario; pienso del autodenominado periodismo cultural, mercancía efímera de la sociedad del espectáculo, en breve rematada en librerías de ocasión. Para los interesados, en www.jorge-franco.com la egoteca particular del escritor.

Respecto de los libros de temporada no todo es deleznable; esta literatura de entretenimiento con pretensiones de literatura seria trata de cumplir la función –de altísima utilidad comercial–, de convertir a lectores ocasionales o esporádicos –compradores de novedades en ferias–, en habituales –compradores asiduos de librerías–; este tipo de escritos, fáciles de digerir, novedad y superventas, junto a la literatura de crecimiento personal, contribuyen además, con el tiempo, a que parte de esos lectores continúen su sendero rizomático de lectura autodidacta hacia materiales de mayor calidad. Además, los libros de Franco, junto a sus versiones en otros formatos, alimentan los *cultural studies*, vieja moda académica *made in USA*.

La de Franco es una literatura vinculada con la sociedad, pero con su porción frívola, personajes con potencial mediático y melodramas de telenovela. El universo que otro escritor podría parodiar haciendo un tratamiento irónico de los esquemas, lo reproduce Franco en sus telenovelas por escrito.

Carlos Soler